

Marcadas ya las condiciones de la vida humana, la mujer está colocada en la alternativa de admitir el dolor con riesgo de su propia vida, ó condenar á la esterilidad la fuente de la cual brota la vida. Para que la madre cumpla con la función mas simple de su estado, debe aceptar tres ministerios que vienen á reducirse á uno solo, y son, parir, alimentar y educar á sus hijos; función triple en que el sufrimiento sigue al sufrimiento y el sacrificio al sacrificio.

La primera función de la madre es parir; la mujer no es madre sino en el acto mismo en que pare. Su primer parto será doloroso como todos. Lo primero que hará el niño al nacer será gritar, y su grito se parecerá á un gemido, como todos los demas que su pecho exhale. Podrá el arte disminuir hasta cierto punto los dolores de la maternidad, mas no olvidemos que el principio del dolor está en el corazón de la vida, y este principio opondrá una eterna resistencia al poder del arte, porque no está en la mano del hombre anular un decreto dado por Dios, ni podrán las invenciones del ingenio destruir la ley de la naturaleza.

La madre sufre para parir y debe sufrir para alimentar á su hijo. La nutrición del hijo por la madre es una consecuencia de la maternidad y una ley general de la Providencia. La madre que nutre á su hijo acaba con la nutrición de formarle; y sigue formándolo dándole el alimento que Dios preparó en ella para desarrollar su vida, cerca del corazón mismo que le dió esa vida. Así exterior como interiormente, sigue dando su sangre á su sangre, su carne á su carne, su substancia á su substancia; cada día

va siendo mas madre. El deseo que siente todos los días mas y mas de penetrar lo mas que sea posible en un sér en el cual quiere hallar su propia imágen y su propia vida, me parece tan natural, legítimo y santo, responde tan debidamente á los mandatos de la Providencia y á la inclinación de la naturaleza, que la madre que lo sofoca destruye una de las mas bellas armonías de la creación despojándose de su mayor gloria y de su mayor hermosura. Con efecto, la madre no brilla en toda su gloria y en todo su esplendor sino cuando tiene entre los brazos á su hijo pegado al pecho arrancando de él con una hambre insaciable la vida que le comunica la madre con su leche nutritiva, como se la comunicó antes con su sangre generadora. Bien sé que hay casos en que no es dado á una madre nutrir á su hijo; la nutrición no es como el parto una condición esencial para la maternidad, puesto que es, por decirlo así, una condición secundaria; mas, ¿cómo podría una madre renunciar voluntariamente á la plenitud de la maternidad? ¿Cómo podría renunciar, siendo una verdadera madre, al placer de completar la producción de sí misma en otro sér diferente de ella, aun cuando fuese necesario para nutrir esta otra vida herir su vida propia, aun cuando impusiera este segundo ministerio los mismos dolores que el primero? Ciertamente es que este ministerio exige tambien sufrimientos. Así como no hay parto sin dolor, tampoco hay nutrición sin sufrimiento; la madre no nutre á su hijo sino destruyendo momentáneamente sus propias fuerzas; destrucción misteriosa que multiplica la vida sin cegar la fuente que la produce, y que reproduce con una usura agradable

á la Providencia, lo que la madre da con un amor que la recompensará y llenará de gozo con el tiempo.

Todavía existe para la maternidad un tercer ministerio que impone á la madre sacrificios y desvelos mayores; el de la educacion. Educar á un niño despues de haberlo producido con su sangre y nutrido con su leche, es parirle una tercera vez, es terminar la maternidad. La madre que no ha educado á su hijo, no es madre en el mas bello sentido de esta palabra, porque ha dejado de infiltrar en esta obra maestra que dejó imperfecta, lo que le da el complemento de su hermosura, de su grandeza y de su fuerza. No trataré especialmente de esta cosa sublime llamada educacion: solo la toco de paso considerándola como el término de la maternidad, y como la prueba mas patente de la ley del sacrificio que constituye el deber y la gloria de nuestras madres. Todos los que han tenido á su cargo la educacion de niños, y lo han desempeñado como debian, ya sean las madres de familia ó bien los maestros, saben que de todos los cargos que pesan sobre la maternidad, la educacion de los hijos es el mas pesado. La flor no brota ni abre su bello capullo sino despues que el jardinero la ha regado con el sudor de su frente; y el niño no crece ni se desarrolla hasta que los sufrimientos de su tierna madre han preparado para él el terreno de la vida humana. ¡Felices las madres que para terminar la educacion de sus hijos han sufrido y llorado mucho! Las lágrimas que derrama una madre se resbalan sobre el corazon de sus hijos, que necesitan de ellas como las flores necesitan del rocío del cielo. El rocío de lágrimas que brota incesantemente del corazon de

una madre cariñosa, es el que forma la vida, la belleza y la bondad de los hijos de familia; y estos hijos, fruto bendito del amor convertido en sacrificio, serán con el tiempo la gloria, la honra y la bendicion de la madre fecunda.

No ignoro que algunos economistas de estos tiempos, que carecen de fe, solo estudian la humanidad en la superficie de ella, y claman contra la fecundidad de la familia con razones que ellos consideran tan profundas como provechosas. Tal vez llegue un dia en que examinemos este asunto importante, que no es de los mas ínfimos de las sociedades, y pesemos en la balanza de la justicia las razones alegadas por la economía moderna contra estas palabras pronunciadas al formarse la humanidad: "Creced y multiplicaos." La Iglesia tiene sus razones para creer que la sabiduría humana no es tan poderosa como la sabiduría de Dios, y que las palabras á que nos referimos, que fueron dirigidas á nuestros primeros padres, no como una maldicion, sino como la bendicion de nuestra raza, se han cumplido debidamente.

La fecundidad en la familia es una bendicion para ella segun la Iglesia y la Sagrada Escritura, segun la revelacion y la fe, segun la naturaleza y la razon. Como es cierto que pesa la maldicion divina sobre las familias que el egoismo y el crimen han ido menguando, así lo es tambien que la bendicion divina escuda á aquellas que la virtud y el sacrificio han hecho fecundas. No olvideis nunca, oh padres de familia, que vuestras esposas han multiplicado á vuestro alrededor los retoños de su vida y de la vuestra: Dios es quien os lo ha dicho por boca de un profeta, al de-

ciros: Seréis felices y seréis benditos: *Beatus es, et bene tibi erit.* Vuestros hijos crecerán y se desarrollarán bajo vuestras miradas, y los veréis sentados á vuestra mesa como los vástagos del olivo: *Filii tui sicut novellæ olivarum in circuitu mensæ suæ.* Así será bendito el hombre que tema al Señor y observe su ley: *Ecce sic benedicetur homo qui timet Deum.*¹ Cada uno de los hijos es en la familia como una bendición del cielo, porque cada uno de ellos es un testigo vivo de que se ha cumplido con la ley de Dios; y todos juntos son la bendición de sus padres, de la familia y de la patria.

Si los hijos son la multiplicación de la vida de sus padres, así son también á su vez la multiplicación de sus bienes: los nuevos deberes que les imponen van acompañados de otras tantas virtudes que cierran en el seno del hogar doméstico la puerta á los vicios. El porvenir de los hijos exige á los padres ciertas reservas, y una dignidad y una prudencia ejemplares en la familia. La petulancia propia de los niños hace á los padres más prudentes, suaves y pacientes para tener calma en el ejercicio del poder; y el espíritu de rebeldía que se desarrolla en los hijos da á los padres una lección constante acerca de lo que es el respeto y la autoridad. El candor de sus pocos años y la simplicidad de su corazón inocente es un suave olor de virtud que extasia á los padres, que los contemplan como flores cuyos aromas los llena de perfumes. Fieles á la ley que deben observar, ven en la multiplicación de sus hijos la multiplicación de sus virtudes,

¹ Salmo 127.

y el aumento de la familia es el aumento de ellos en la perfección.

Los hijos que son la bendición de sus padres son mutuamente los unos la bendición de los otros, bendición que se comunican sin conocerlo siquiera. Excepto algunos casos, podemos decir que los niños que viven solos en la familia se resienten en su educación y en sus sentimientos de la soledad en que han pasado la vida; generalmente hablando *se educan* mal. Acostumbrados á recibir todos los cuidados y atenciones de sus padres, careciendo de hermanos que partan con ellos las caricias paternas y las sonrisas maternales, se vuelven exigentes, ásperos, imperiosos, egoistas y déspotas; los sentimientos de fraternidad son desconocidos á su corazón, y generalmente propenden á vivir independientes. Cuando por lo contrario son varios los que participan de los cariños paternos y de los cuidados maternales, hallan en esa repartición mayor felicidad. Desde que empiezan á crecer empiezan á partir su cariño, y se desarrollan en ellos los sentimientos de desinterés, bondad y ternura; son más obedientes con sus padres y más temerosos de Dios.

Resulta de esto, que los padres, las madres y los hijos gozan á un tiempo mismo del beneficio sagrado que lleva á la familia la fecundidad; y la patria también participa de la gloria, de la fuerza y de la dicha que brotan del hogar doméstico. Visible es á los ojos de todos que son muy distintos los servicios que presta á la madre patria el que solo vive entregado al egoísmo y á la cobardía, que jamás riega con el sudor de su rostro los campos estériles, para cosechar

en ellos nuevos servidores, nuevos hijos para la patria, de los que prestan aquellos que hacen crecer bajo su sombra un gran número de hijos, y aumentan el número de patricios que sabrán morir cuando la patria reclame sus esfuerzos.

He aquí, señores, de qué manera se derrama la bendición de Dios sobre la familia; he aquí lo que constituye su gloria, su belleza y su fuerza; he aquí por último su herencia, porque no hay riqueza mayor para el hombre que legar la naturaleza humana. ¿Y á quién se debe la gloria, la dicha, la grandeza y la bendición de la familia? A la madre. Esta multiplicación de la vida, esta bendición que prepara otras muchas, se deben sobre todo á la madre que se consagra especialmente á sus hijos, que padece por ellos; á la madre que es bendita por el cielo y por la tierra, porque Dios y los hombres bendicen su fecundidad. La grandeza que deben las madres á los sacrificios voluntarios que ofrecen, les permite inclinarse ante los hombres sin ofuscar su dignidad, sin perder nada de la majestad que las rodea y tiene por corona á sus propios hijos y por aureola el sacrificio que los multiplica.

II.

Acabamos de ver, señores, que la madre es la cadena que une al género humano; su nombre, lleno de un encanto sin igual, significa amor, porque el corazón de una madre es el manantial en que el amor brota para convertirse voluntariamente en sacrificio;

y de éste nace la fecundidad, que es la bendición y honra de la familia. Ya veis, pues, que el amor y la fecundidad de la madre nacen del sacrificio. Todas las cosas humanas lo tienen por término, porque él es en el orden moral lo que el ingenio en el orden intelectual. El que comprende todo lo que significa la palabra sacrificio efectivo y permanente, ha encontrado el secreto de la formación de la familia.

Preciso es que indagemos ahora cuál es la fuerza que obliga á las madres de familia á aceptar en toda su plenitud la ley del sacrificio, que hace la vida fecunda y multiplica la prosperidad de la familia. Ni un instante siquiera dudaré en afirmar que en nuestro estado de pecado, y según las costumbres europeas, la doctrina y la práctica cristianas constituyen la única causa que eleva á la mujer á la altura que le corresponde.

En los tiempos modernos existen dos grandes doctrinas que están en abierta pugna: la una niega el sacrificio y predica contra él; la otra lo sostiene y lo impone.

Al estudiar la primera de estas doctrinas, todo lo que podría hacer en favor del progreso social, inventó un nuevo orden de cosas, y declaró que la *mujer es libre*; y esta invención ha sido sostenida con calor por los más famosos reformadores. Al declarar libre á la mujer, han creído valerse de su invención, como de una cosa nueva, para protestar contra lo pasado y preparar la dicha futura; mas quieren hacer de la mujer solamente una hija de Eva, revistiéndola con toda su corrupción, y dándonos como causa de regeneración lo que primeramente debe regenerarse; ellos lla-

man á esto *rehabilitar* á la mujer, y su rehabilitacion consiste en sujetarla al innoble dominio de la carne, en hacerla pagana. Segun estas doctrinas, la mujer *libre* no estaria sujeta á nada, ni á la obediencia de hija de familia, ni á la dependencia de esposa, ni á la noble servidumbre de madre: en una palabra, declaran á la mujer libre de sujecion, de obediencia y de obligaciones, y más que todo, de sacrificios. Así consideraba el paganismo á la mujer en medio de sus costumbres corrompidas, juzgándola sensual, egoista y estéril; ó en otros términos, envilecida y caminando á pasos agigantados hácia su primitiva esclavitud. La mujer llamada libre, segun el ideal de los reformadores, no seria sino lo que es hoy en el siglo XIX la mujer que ha dejado de pertenecer á la familia cristiana.

Antes de manifestar de qué manera saca la madre de la fuente del sacrificio cristiano la energía que debe al amor, y del amor el secreto de su fecundidad gloriosa, quiero presentaros el tipo de la mujer pagana, tal como podeis hallarla actualmente en el centro de nuestras ciudades. No es general hallar entre los mismos cristianos á mujeres que presenten el tipo de la maternidad tal como fué enseñado al mundo en la transfiguracion del Calvario; y esto proviene de que no siempre acepta, ó solo acepta á medias la santa ley del sacrificio; en vez de abrazar el verdadero cristianismo, adopta un simulacro de cristianismo; y des- embarazándose de Jesucristo, único que le da la gloria, porque es el único que puede darle la fuerza, considera los deberes de la maternidad como quien no da importancia alguna al cristianismo. Aislándose entonces entre su debilidad é impotencia primitivas,

pierde con la dignidad con que reviste el cristianismo á la mujer que le observa, toda la honra de la maternidad cristiana, y ofrece á nuestros ojos el tipo distinto que presenta la mujer del siglo actual, y á la cual conocemos con el nombre de mundana.

Vemos en la actualidad algunas mujeres que forman un contraste completo con el ideal de la mujer cristiana. Están bautizadas; han recibido la primera comunión, y no es raro encontrarlas alguna vez en los templos; mas ya no son prácticamente cristianas: no son sino la reproduccion moderna de la mujer romana de los peores tiempos, con la sola diferencia de que habiendo caido desde la altura de Jesucristo, bajaron mas profundamente porque cayeron de mas alto. Estas caidas son las que mas hieren á la familia y á la misma sociedad, porque conducen á la esterilidad, á la cual se condenan por el horror que les inspira la familia. Ningun atractivo tiene para ellas la sonrisa de un niño; contemplan el hogar doméstico como una cárcel, en la cual no pueden vivir; ven el matrimonio como una esclavitud, y quisieran romper las cadenas que las sujetan; la familia les pesa como un objeto superior á sus fuerzas, y procuran librarse de ella por todos los medios posibles.

El fastidio del hogar doméstico, el horror á la dependencia y el poco cariño á los hijos, conducen á la estincion de la raza, á la adoracion del placer y tal vez al frenesí de la voluptuosidad; y para llenar la medida, á la impudencia en el seno del oprobio. He aquí, señores, á la mujer que ha dejado de ser cristiana; he aquí á la mujer que quereis formar en el siglo diez y nueve.

¿Cómo, puede, llegar á semejante oprobio la mujer que ha sido bautizada? ¿Cómo es posible tanta bajeza en medio de una religion tan grande? En una sola palabra hallamos la esplicacion de todo esto. Una vez desprendida voluntariamente de Jesucristo, ha perdido esta mujer la revelacion del sacrificio, el egoismo se ha apoderado de su corazon, y desde el momento en que ha dado el primer paso, ha renunciado á la dignidad y gloria maternales. Precisamente porque encierra la mujer en su corazon el tesoro mas rico de amor, y tiene la vocacion de sacrificarse por sus hijos, desde el momento en que se desvia de su amor y su vocacion, cae en el egoismo. No supone el egoismo la imposibilidad de amar, sino el desórden en el amor. Donde existe un amor mas profundo, intenso y delicado, puede brotar, si este amor se pervierte, el egoismo mas monstruoso. El egoismo viene á ser en un corazon como un rio salido de madre, que lleva consigo toda clase de desastres. He aquí lo que explica los males sin cuento que aniquilan á las familias y deshonran á la maternidad entre personas que poseyeron un corazon noble y capaz de sacrificios.

Hemos visto ya adónde llega la mujer que se ha separado del seno de Jesucristo. El amor que, siguiendo el recto camino de la virtud, debia salir de sí mismo para consagrarse á otros, no hace sino volver á sí mismo para no consagrarse sino á sí mismo. En vez de correr impetuoso sembrando la vida, solo sigue un curso torcido para devorarse á sí mismo; no corre para amar generosamente, sino para querer de una manera miserable: se vuelve egoista, voluble, interesado, sensual; algunas veces criminal y siempre

estéril, porque apaga en el egoismo el fuego sagrado y la llama fecunda del sacrificio. He dicho ya que para crear la familia son precisas tres funciones dolorosas: parir, nutrir y educar; triple creacion de la maternidad, en que el sufrimiento sucede al sufrimiento y el sacrificio al sacrificio. La mujer á quien acabamos de referirnos no puede sufrir, porque rechaza el parto doloroso y desprecia todo lo que lleva el nombre de sacrificio. De ninguna manera quiere inmolarsse por nada; contesta con ironías al sacerdote y á la Iglesia que le exigen que responda al llamamiento de la naturaleza, al plan de la Providencia y á su vocacion. Todavía hace algo mas, pues llega á sostener que la Providencia se ha engañado en sus proyectos, que la humanidad ha sido hecha sin órden, que el matrimonio es una servidumbre, y finalmente, que el triple parto que sufre la madre, es una triple tiranía que no tenian derecho para imponer á la mujer ni el hombre, ni la sociedad, ni el mismo Dios. A la alta sabiduría de Dios opone los cálculos de su egoismo, y la cobardía de su corazon á las santas austeridades de la ley divina, atreviéndose á decir que en nombre del deber se le quiere imponer la tiranía. Poco le falta para que invoque al mismo Satanás, pidiéndole consejos para poder burlar los designios de la Providencia; Dios sabe si al genio del mal le faltan medios para que se realicen tan torpes proyectos. Cuando el egoismo invoca al genio del mal, éste le responde por medio de un doctor cómplice, de un marido sensualista ó de un amigo perverso, y le impulsa á que lleve á cabo, para cumplir con la ley, lo que no es mas que una violacion de la ley, y le dicen: